EL ABANDONADO

TÚ nunca sabes por qué cantas,
aunque tu voz es dulce y tierna.
Pasas la calle, miras hondo,
no tienes nadie. Llenas la acera
de tu mirada humilde. Cantas
para olvidar el miedo, besas
el sol, la esquina que te guarda
del viento. Cantas, miras, llenas
el día de tus pasos leves.
No me pareces triste, es buena
tu fuerte soledad, tu calma...
Pero en ti estoy lleno de pena.

Tú pasas, miras todo, ríes
a veces como quien recuerda
alguna burda palabra oída,
un giro de luz, una promesa;
pasas bajo el día plomizo,
vuelves a todos la cabeza,
sonríes, no te extraña su frunce
de repugnancia cuando acercas
tu solitaria figura horrible
a su andar seguro, a su fiera
ojeada imperiosa. Tibia,
apresurada, tu voz se aleja,
rozas la losa de los suelos
casi luciente. «La vida es seria,
es dura, pero pasar es bello
como una llama que se entrega»,
te dices, y sueñas, y sonríes...
Pero en ti estoy lleno de pena.

Alguna tarde cruzas el río,
andas por calles cenicientas,
hundes tu bulto en la penumbra,
buscas la paz de la taberna;
sacas tus céntimos, los amontonas
sobre la sucia madera
para que parezca más alto
aquel gotear de tu miseria,
cuentas su cifra lentamente
con ya gozosa delicadeza,
y pides el vino que aletarga,
y bebes despacio, y cantas, te adentras
en tu canción desperdigada
como en el aire los pájaros ruedan.
Y todos te miran envidiando
tu luz, tu aparente inconsciencia;
sigues cantando, ¡cantas, cantas!...
Pero yo estoy en ti lleno de pena...



MANUEL PINILLOS